

el Senado y á la negligencia de la otra Cámara. Pero si los diputados proceden con algo más de aplicación y los senadores con mayor rapidez en la redacción de los textos, el carácter de Francia cambiará inmediatamente!

Advertencias justas, pero seguramente inútiles. No es sólo Júpiter, en la antigüedad, quien cegaba primero á los que quería perder. Las consecuencias de tantas leyes votadas al azar se vuelven contra sus instigadores, y de ello muestra la Historia copiosos ejemplos. Es raro, como ha dicho Bossuet, que «el pensamiento humano elabore para fines que no sólo le sobrepasan, sino que son la oposición misma de su designio».

### CAPÍTULO III

#### Influencia política del miedo.

No obstante mi reconocida ignorancia respecto al ocultismo, no creo temerario intentar una clasificación de los fantasmas é investigar las leyes de su formación.

Para catalogarlos debidamente es necesario delimitar su respectivo poder.

Se admitirá, sin necesidad de demostrarlo, que la mayor parte de los grandes acontecimientos del pasado se han realizado bajo la influencia de fantasmas. Estudiada la Historia desde un punto lo bastante elevado para dominar su conjunto, aparece como la colección de esfuerzos de los pueblos para crear fantasmas ó destruirlos. La política, antigua ó moderna, no es más que una lucha de fantasmas.

Pero todas esas sombras no poseen un poder igual, tienen su jerarquía, y de aquí la necesidad de una clasificación.

En la cúspide reina una pequeña corte de fantasmas muy poderosos y perjudiciales, contra los cuales es vana toda resistencia, á quienes únicamente vence el tiempo.

Estas sombras soberanas son las de los fundadores de las grandes creencias, y dictan imperiosamente, desde el fondo de sus tumbas, sus leyes á millones de hombres. Únicamente para servirles

han surgido brillantes civilizaciones, han luchado furiosamente los pueblos, y recientemente 30.000 armenios han sido pasados á cuchillo.

Por debajo de estos terribles dominadores evolucionan los fantasmas de los héroes. Algunos se limitan á crear las leyendas y mitos que encajan en el ideal de los pueblos, y los hay tan poderosos que ejercen su influencia, benéfica ó nefanda, sobre sucesos muy posteriores. Véase, como ejemplo, el fantasma de Napoleón, que hizo consagrar de emperador á su sobrino y valió á los franceses Sedán.

En el otro extremo de esta jerarquía de las sombras hormiguea una legión inmensa de pequeños fantasmas ruidosos y vanos, sin poder real y sin duración. Aterran algunas veces á las almas timoratas, pero se desvanecen como pompas de jabón cuando se tiene suficiente valor para afrontarlos.

Todos estos espectros efímeros y fútiles proceden de otro fantasma invulnerable é inmortal: el fantasma colosal del miedo. Su poder existe desde los orígenes del mundo y el tiempo no ha conseguido disiparle.

No sé si, como afirmaba el gran poeta Lucrecio, el fantasma del miedo engendra á los dioses, pero estoy cierto que si su influencia no hubiese dominado constantemente á los pueblos y á sus directores, el curso de la Historia hubiera sido muy distinto. Y sé también que, si ese terrible déspota y sus innumerables descendientes no influyesen constantemente sobre nuestro Parlamento, la espantosa anarquía en que estamos sumidos hubiera sido sustituida por el orden y la disciplina, sin los cuales ninguna sociedad puede subsistir.

Todos estos fantasmas, tanto el del miedo como los que de él se derivan, fueron conocidos por los grandes hombres de Estado. Saberlos utilizar fué una parte de su genio. Los simples políticos los padecen, pero no los utilizan.

La historia lamentable de la huelga de los empleados de Correos revela hasta qué punto los gobernantes, desprovistos de genio, pueden atemorizarse ante los menores espectros. Esa huelga demuestra también cómo se desarrollan estos últimos cuando no se les domina, y con qué facilidad desaparecen cuando alguien se atreve á tocarlos.

Al comienzo, el fantasma creado por los empleados de Correos era de poca consistencia. Nada hubiese sido tan fácil como aniquilarle, y los hechos se han encargado de demostrarlo, como predije en un artículo publicado en *La Opinión*. Pero el terror á esa vana sombra hasta tal punto paralizó al gobierno, que capituló rápida y humildemente, tanto que los delegados de los huelguistas pudieron declarar públicamente «haber visto á los ministros, casi de rodillas, suplicarles que reanudasen el servicio».

Esta humilde actitud fué, por lo demás, muy útil. Cuando en un Estado, una clase, una casta ó un partido cree que es todopoderoso, no tarda en pensar que llegará á ser el amo. Estupefacta de haber intimidado al Parlamento, á la magistratura y al ejército, la casta de los empleados de Correos, creyéndose invencible, quiso utilizar su pequeño fantasma, sin dejarle casi tiempo de crecer. Bajo un pretexto cualquiera, se declaró una nueva huelga. Á menos de admitir que Francia pudiese ser gobernada por una comisión de empleados de Correos, era preciso defenderse, y se defendió, y al primer choque, la pompa de jabón se desvaneció.

Su aniquilamiento produjo instantáneamente el de otros fantasmas, especialmente el de la huelga general, á la que tanto temían los ministros—uno de ellos la había inventado antes de llegar al poder.

Vencedores y vencidos demostraron, por lo demás, una completa ignorancia en el arte de manejar los fantasmas, ignorancia que les hizo cometer faltas de psicología inexcusables.

Falta enorme de psicología del gobierno fué el haber cedido por primera vez. Falta de los empleados de Correos, rayando en la imbecilidad, la de, después de haber conseguido vencer al Estado, no comprender que tales victorias no se repiten, y que, de volver á las andadas, el fracaso sería irremediable. Falta más torpe aún fué la de la Confederación general del Trabajo, que, en lugar de limitarse á amedrentar con el espectro de la huelga general, quiso usar de él, descubriendo de este modo la grandeza de su impotencia. Los ocultistas debieron revelarles que los fantasmas, poderosos en las tinieblas, se desvanecen con la luz. Ciertas verdades no deben ser ignoradas.

El lastimoso fracaso de la huelga de empleados de Correos y de la huelga general, solemnemente decretada por la Confederación general del Trabajo, que había llegado á considerarse como un pequeño comité de salud pública, no tuvo por único resultado enseñarnos la utilidad de la resistencia. Esa vergonzosa historia demuestra también con qué facilidad crecen los pequeños fantasmas cuando saben que producen miedo.

La evolución del lenguaje de los empleados de Correos es muy típica desde este punto de vista, y suministra enseñanzas sobre las que deberán medi-

tar nuestros hombres de Estado. En un principio se contuvieron en un límite respetuoso; pero la capitulación del gobierno les hizo creer que poseían una fuerza invencible, y su lenguaje se transformó inmediatamente. Convertidos repentinamente en antipatriotas y revolucionarios, se aliaron con la Confederación del Trabajo, cuyo fin confesado es la destrucción violenta de la sociedad. Se juzgará de esta evolución por el párrafo siguiente, copiado de una interview del ministro de Correos:

Jamás funcionarios de Correos se han atrevido á pronunciar en reuniones públicas discursos tan perfectamente revolucionarios. Uno de los empleados procesados ha preconizado en una reunión pública «la acción enérgica y concertada contra el patrono, el capital y los poderes públicos». Y en esta misma reunión, ¿sabéis lo que se acordó? Pues «propagar ideas antimilitaristas y destruir los últimos baluartes tras de los cuales se esconde la explotación capitalista y su cómplice la autoridad, representada por los poderes públicos».

\* \*

El aumento progresivo de la anarquía en las masas populares tuvo siempre por principal causa la debilidad de los gobernantes. ¿Acabarán por suministrar alguna enseñanza las lecciones de todos los días? ¿Llegará el gobierno á desplegar algo de energía contra las pequeñas bandas de energúmenos á las cuales, bajo el pretexto de la libertad de opinión, se deja predicar el *sabotaje*, el incendio, la revolución y la destrucción de la sociedad que los tolera? Si entre el cúmulo de nuestras leyes no hay ninguna, como lo temo, aplicable á estos delitos, es necesario crearla sin tardar y aplicarla sin miedo.

Esta creación, seguramente, no será fácil. Inmediatamente después de la huelga de los empleados de Correos, algunos timoratos parlamentarios propusieron la amnistía de los revoltosos y consiguieron el voto de muchos diputados. Supongo que estos últimos debieron enrojecer ante esta pusilanimidad.

Los directores actuales no son únicamente peligrosos por los actos que realizan, sino sobre todo por las ideas que imbuyen en los cerebros populares, ideas que, una vez maduras, terminan por engendrar las revoluciones. Para representarnos adónde pueden llegar las multitudes fascinadas por insidiosos discursos, recordemos la Commune y el incendio de una parte de París.

Aconsejemos, por tanto, la defensa, pero sin esperar demasiado de ella, porque el fantasma del miedo, que ha reemplazado á las antiguas divinidades, ha llegado á ser mucho más poderoso que éstas.

En los momentos de perturbación, sobre todo, se le ve aumentar desmesuradamente. Entonces es capaz de transformar en bestias sanguinarias á pacíficos burgueses, de inspirer á Carrier sus inmersiones de Nantes y sus acusaciones á Fouquier-Tinville. Este último, en un principio magistrado reputado por su bondad, no se detuvo en sus hecatombes desde que el fantasma del miedo le dominó. Llegó á ser de tal ferocidad que propuso que se sangrase á los condenados antes de conducirlos al cadalso para privarles de su valor.

No hemos llegado aún á eso, y deseamos, á pesar de las amenazas de ciertos socialistas, no llegar; pero recordemos que el camino del espectro del miedo es muy resbaladizo y no se puede deshacer lo andado.

En la actualidad, el terrible fantasma se limita á sugerir leyes absurdas y perjudiciales para el porvenir de la industria, y le basta esto para conseguir excitar á algunos energúmenos hipnotizados por las fórmulas y que se preocupan muy poco del interés general. ¿Se cree posible, por ejemplo, que haya habido un elector por cada cien mil que hayan deseado realmente la incautación del ferrocarril del Oeste?

En realidad, el elector se preocupa muy poco de que las leyes estén inspiradas en principios, y mucho en que satisfagan sus intereses particulares. Vota, sobre todo, por ó contra las personas y hace caso omiso de las opiniones.

En los móviles de los votos de los legisladores intervienen sobre todo las promesas, las consignas, las fórmulas mágicas: inclinarse á la izquierda, perseguir al infame capital, socializar la propiedad, etcétera. Estos fetiches, elaborados en los círculos, sindicatos y en las tabernas, inspiran tal miedo que el orador más valiente no se atreve á ponerse enfrente de ellos por no caer en la impopularidad.

Todas estas fórmulas no constituyen, sin embargo, más que palabras hueras. El hombre consciente de la psicología de las multitudes las repetirá algunas veces, pero no las aplicará nunca. Sabe muy bien, en efecto, que las masas obedecen á una lógica inconsciente de los sentimientos, enteramente distinta de la lógica racional. Aclaman gustosos á Bruto porque ha matado á César, pero inmediatamente proponen hacer de Bruto un César.

Los grandes directores son, ó mejor dicho, reflejan al alma popular, de la que son encarnación. Se asimilan todas sus sutilezas y matices, mientras que la generalidad de los políticos las descuidan completamente. La estrecha lógica racional latina de estos últimos, vigorosamente aguijoneada por el miedo, les conduce á dictar leyes deducidas de fórmulas alucinantes que les aterran. Y de este modo surgen, con abrumadora abundancia, leyes ruinosas é inaplicables con las cuales el comercio y la riqueza pública terminarán por sucumbir. Nada les detiene en este camino. Inspirado por el fantasma del miedo se elaboró un proyecto de ley sobre retiro de obreros que individualmente todos los diputados sabían era irrealizable, puesto que era imposible hallar los 700 ú 800 millones anuales indispensables para su aplicación. Todos, sin embargo, la votaron, aun sabiendo que el Senado no la aprobaría.

«Los retiros obligatorios establecidos por la Cámara, decía M. Delombre, habrían ocasionado la ruina de la Hacienda pública y la del trabajo nacional. Esto es lo cierto y nunca se insistirá bastante en ello.»

No cabe duda; pero ¿qué sirve el insistir? Vote-mos nosotros, piensan los diputados dominados por el miedo; los otros ya se arreglarán.

El fantasma del miedo es por sí solo temible; pero lo es más cuando á él se une el del odio y la envidia. Ese triunvirato dirige nuestra política actual. En el proyecto de impuesto sobre la renta, sobre todo, aparecen simultáneamente esos tres fantasmas. Es irrisorio el pretexto de que fué inspirado en el amor á la igualdad y en una intensa necesidad de altruísmo. Todos saben que no benefició á casi

nadie, y que aquellos á quienes benefició en cantidades pequeñísimas, lo fué á costa de tiránicas pesquisas. La sed de justicia no influyó en lo más mínimo en la génesis de esta ley. Los fantasmas del odio y de la envidia fueron utilizados para hacer creer que sólo 500.000 personas pagarían los impuestos, y haciendo uso en seguida del fantasma del miedo se obtuvo de la Cámara una inmensa mayoría.

Pero, como hemos dicho, los espectros desaparecen con la luz, y el público ha terminado por comprender el valor de las vejaciones y ruinas con que se le amenaza, únicamente por obedecer al fanatismo de una escasa minoría socialista, indignada por la prosperidad de algunas grandes industrias.

¿Y por qué el partido avanzado defendía con tanto entusiasmo este impuesto sobre la renta? ¿Era realmente inspirado por amor al país, deseo de igualdad y entusiasta altruísmo? ¡Ay! Tales sentimientos se profesan, pero no se dicen. Un sutil psicólogo, M. E. Faguet, ha puesto en evidencia las verdaderas razones:

Precisamente porque no hay en el impuesto de la renta otra cosa práctica que el de la contribución arbitraria, es por lo que cierto partido lo adopta. El impuesto sobre la renta será un medio de herir al adversario y de beneficiar al amigo. De aquí su importancia, á juicio de cierto partido. Esto podrá tener admirables consecuencias electorales. Pero lo que faltará siempre será la noción de la medida en los que lo propongan.

Ningún argumento bastó para impresionar á los diputados, sobre los cuales el fantasma del miedo lanzaba miradas amenazadoras. Votaron sabiendo perfectamente, como escribía Jules Roche, que «lo

que se les presentaba como reforma democrática era sólo un proyecto retrógrado, una inquisición odiosa y peligrosa, ya que ponía la fortuna de los ciudadanos á merced de la arbitrariedad de un ejército de funcionarios, agentes del partido político en el poder. Es una ley de ruina y de guerra civil».

M. Raymond Poincaré dice, poco más ó menos, lo mismo:

El actual proyecto constituye un espantoso peligro para nuestra Hacienda pública... Traerá consigo la disminución de ingresos y la opresión de los contribuyentes de la categoría media. Es un peligro para la fortuna nacional y para la República. Estoy convencido que producirá un levantamiento formidable en el país.

Nada más cierto, pero ¿qué podía contra los diputados, aterrorizados por la amenaza inmediata de los fantasmas, el anuncio lejano de ruinas y perturbaciones? ¿Qué hubieran pensado, en el caso de que hubiera sido rechazado el proyecto, los taberneros y los comités socialistas? No hablo de los sindicatos obreros porque afirman en todos los tonos haberse desligado de este impuesto, por otra parte evidentemente destinado á pesar sobre ellos.

..

Bajo la influencia dominante de estos fantasmas, y sobre todo el del miedo, se ha gobernado, desde hace veinte años, casi en beneficio exclusivo de la clase obrera, no cesando de irritar al comercio y á la industria con leyes vejatorias y amenazas de impuestos más vejatorios aún.

Únicamente el miedo ha sido la causa de que se legisle sin tregua en favor de una clase y en perjui-

cio de las que representan la fuerza y la gloria del país. Despojando á los unos bajo el pretexto de la religión, persiguiendo á los otros por la riqueza adquirida, constantemente, fué el inspirador el fantasma del miedo. Miedo á la Iglesia, miedo á los obreros, miedo á los socialistas revolucionarios, para llegar hasta el humillante terror á los burócratas.

¿Se consiguió, al menos, con tantas leyes vejatorias conquistar las simpatías de los trabajadores, á cuyos jefes se complacía en todas sus exigencias? Nadie ignora que el gobierno no hizo más que reavivar sus odios. Las multitudes jamás agradecen lo que conquistan por amenazas.

Esto no obstante, subsiste este gobierno tan vituperado, pero únicamente porque no se encuentra otro capaz de reemplazarle. Uno de sus prefectos, M. J. d'Auriac, lo dice perfectamente en su libro *La France d'aujourd'hui*: «Si nuestro gobierno se mantiene firme desde hace cuarenta años, es más bien por la debilidad de sus adversarios que por su propia fuerza».

Esta opinión comienza á ser general. Será por tanto inútil acrecer el número de enemigos al régimen por esta mezcla de debilidad de despotismo, intolerancia y espíritu de persecución, que llegará á ser insoportable sin excepción á todos.

Para realizar estos prudentes consejos—seguramente más prudentes que realizables,—la gran dificultad consistirá en libertarle de ese terror á los fantasmas. Es de temer que le suframos aún mucho tiempo. Quizá sólo con el último hombre perecerá el último espectro.